

En busca de la *felicidad*

JOEL STREICKER

TRADUCCIÓN DE JUAN F. HINCAPIÉ

ILUSTRACIÓN: LAURA HENAO



Scott los vio primero: dos hombres enfundados en trajes de buceo que chapaleaban hacia la orilla de una pequeña playa veinte metros río abajo.

—Han de estar entrenando —dijo mientras señalaba a un hombre que sostenía una pizarra y que, era evidente, les daba instrucciones.

—¿Un 4 de julio? —respondió Heather.

—Es raro —admitió.

Pero ¿por qué más estarían allí? Nada parecía fuera de lugar, apenas una tarde perezosa en el Russian River. Río arriba, donde el nivel del agua no pasaba del metro, perros y niños se perseguían por el cauce rocoso, y tanto los padres como los dueños de los perros dividían su atención entre sus responsabilidades y sus conversaciones, sus bebidas y sus juegos de adultos. Heather y Scott estaban sobre un pedazo ínfimo de tierra, donde un brazo angosto y poco profundo del río volvía a unirse a la corriente principal, que a su vez, unos cien metros adelante, volvía a dividirse gracias a una pequeña isla. Todo el tiempo pasaba gente en canoas y kayaks exhibiendo varios grados de habilidad, actitud y embriaguez. Del lado opuesto, en la empinada ribera, podían verse todo tipo de secuoyas y abetos asediados por la corriente.

Una joven mujer pelirroja que estaba al lado de Heather apuntó el lente telescópico de su cámara hacia los buzos.

—Buscan un cadáver —dijo sin dejar de disparar.

Heather miró a Scott.

—Hace unas horas pasaron dos chicos en una balsa. Su padre estaba en el agua, pero se sujetaba de uno de los lados. De repente desapareció —explicó la mujer—. Pensaron que se estaba haciendo el tonto, y navegaron algunos kilómetros río abajo, pero nunca apareció.

—No puede ser —dijo Scott—. La corriente aquí no es muy fuerte. —Señaló un kayak que flotaba con tranquilidad: la corriente apenas lograba moverlo.

—En esta parte hay muchos hoyos profundos. Son como huecos en el suelo, que parecen bajar directamente hacia el fondo. La corriente simplemente te succiona. Incluso nadadores experimentados mueren aquí cada año —dijo la mujer.

Heather y Scott miraron aguas abajo. Los buzos se echaban al agua de espaldas, aunque con cautela; del punto por el que se sumergían brotaban burbujas.

Al sentir que la masa de ruido conversacional a sus espaldas disminuía, Scott se dio vuelta. Dos hombres con pantalones cargo verdes, chalecos salvavidas, camisetas polo caquis y sombreros de ala ancha se acercaron a la orilla. El *sheriff*, escuchó decir a alguien. Uno de los hombres cargaba una mesa plegable, el otro un pequeño maletín negro y lo que parecía una máquina de coser. El primer hombre desplegó la mesa cerca a la orilla y el segundo puso encima el maletín y la

máquina de coser. Abrió el maletín, conectó algunos cables de la consola que había allí dentro —un generador portátil— y se puso unos auriculares. Un tercer hombre le pidió respetuosamente a la gente que se retirara a fin de acordonar el área con cinta policial desplegada sobre unos conos de color naranja.

Un grupo de mirones se apiñó detrás del *sheriff* y sus hombres. Los rumores comenzaron a pulular: un hombre y su hijo se habían ahogado luego de que su canoa se volteara, alguien o algo había jalado hacia abajo a una joven pareja que nadaba por allí; un hombre de mediana edad, un borracho, se había caído de un bote y comenzó a nadar hacia abajo en vez de para arriba. Scott se preguntó de qué manera alguien sabría la dirección en que el borracho había nadado, si eso es lo que había hecho, en aquellas aguas turbias, sobre todo si se tenía en cuenta que el hombre no había regresado a relatar el cuento. Un hombre dijo que alguien se había ahogado apenas la semana pasada. La pelirroja declaró que tenía un hijo de cinco años y medio y no le importaba ser la madre que siempre hacía que el chico se pusiera un chaleco salvavidas en el agua.

El *sheriff* impartía instrucciones por los auriculares mientras los buzos se deslizaban con cuidado por el río. Luego de quince minutos retornaron a la orilla y hablaron con el *sheriff* y sus colegas.

—¿Quieres quedarte? —preguntó Heather.

Scott lo consideró. El paseo al río había sido agotador, y hacía mucho calor; sus hijos adolescentes se habían mostrado hoscos, monótonos y monosilábicos a lo largo del día. Su falta de interés en todas las actividades que se les ofrecían era notoria, así como su terquedad a siquiera considerar la posibilidad de que cualquier aspecto de la jornada fuera a traerles algo distinto a la miseria más abyecta.

Antes de que pudiera contestar, Heather dijo:

—Me da miedo por los chicos. Voy a ir hasta allá y les voy a decir que no se metan más al agua.

Scott asintió. Pasar algunos minutos solo no le caería nada mal, pensó.

—Buena idea —afirmó—. Aquí te espero.

Él era el responsable de planear el viaje. Había insistido en que los chicos vinieran con ellos y pasaran el día en el río. Se estaban haciendo mayores —ahora tenían trece y catorce— y ya habían llegado al punto en que no querían pasar su tiempo ni con él ni con Heather. Scott entendía, pero desde su no tan marcada mediana edad (como le gustaba considerarla) deseaba haber pasado más tiempo con sus propios padres cuando joven. La infancia se va tan rápido, pensó, y luego se van de casa y entonces te ves forzado a confrontar tu propia existencia sin dilaciones. Tenía recuerdos entrañables del verano, de todos aquellos días interminables y calurosos, los asados del 4 de Julio y los fuegos artificiales. Entonces aquello había parecido interminable, desde dos puntos de vista: Scott había pensado que la sucesión de veranos nunca se detendría,

y cada verano en específico arrastraba consigo el estupor del calor insoportable del Medio Oeste y el aburrimiento suburbano que hacía que el retorno a la escuela y el Día del Trabajo fueran casi bienvenidos.

Sus hijos, nacidos y criados en San Francisco, se quejaban cuando la temperatura sobrepasaba los 20 grados centígrados. Los veranos traían consigo neblina, clima fresco y turistas que tiritaban en pantalones cortos y sandalias. Vestir ropa debajo de la ropa era algo que le venía bien a su hija Maddy. Rellenita y pálida, Maddy anhelaba ser popular en la escuela. Llena de esperanza merodeaba varios grupos de chicas que le pagaban su lealtad de cachorrita con indiferencia y crueldad ocasional. Es muy lista para esas chicas, pensaba Scott, demasiado peculiar y especial para su edad, y esto hacía que las injusticias propias de la escuela fueran un tormento intenso para ella, y también para él. Heather insistía en que Maddy estaría bien una vez perdiera la gordura infantil. ¿Gordura infantil?, pensaba Scott, reacio a contradecir a su mujer, quien —anotó mentalmente y solo se había atrevido a manifestarlo una vez— todavía no perdía el sobrepeso producto de los embarazos.

—Es superficial, lo sé —dijo Heather—. Pero, créeme, las chicas de secundaria están obsesionadas con su apariencia, y es absurdo desear que sea de otra manera, por más que pienses que es tonto y que están equivocadas.

Su hijo, Edward, iniciaría la secundaria en el otoño. Siempre había sido un chico dulce y encantador, pero no bien dio el estirón durante el último año se volvió distante y malhumorado. Scott bromeaba con el hecho de que en vista de que ahora su hijo era el más alto de la familia y tenía la voz más profunda, debería procurarse su sustento. Edward ponía mala cara cuando sus padres hacían referencia a los cambios que atravesaba, y Scott por tanto hacía el esfuerzo de no decir nada cuando estaban juntos, pero lo tenía en la mira. Le preocupaba que Edward se convirtiera en uno de esos desadaptados que cometen crímenes horribles o que nunca se mudan de los sótanos de sus padres. Cuando era más joven, Edward quería ser atleta, pero siempre estuvo un punto por debajo del nivel de coordinación requerido para ser aceptado en alguno de los muchos deportes que practicó, y nunca pudo convocar la dedicación que Scott trató de inculcarle como una necesidad básica para destacarse en los deportes, o en los estudios, o en cualquier cosa. Scott se rehusaba a especular sobre las actividades de su hijo una vez se encerraba en su habitación hasta altas horas de la noche, el pálido resplandor de una pantalla colándose por debajo de la puerta, pero las tentaciones incorpóreas o cibernéticamente corpóreas que acechaban la punta de los dedos de un adolescente eran una obviedad latente.

Scott inspeccionó sus alrededores. No podía evitar pensar en estereotipos. Veía gente blanca echada sobre tumbonas o de pie en grupos, aferrada a latas de soda o cerveza, los hombres con tatuajes y barrigas prominentes y tostados de tanto sol, las mujeres reunidas como para una fotografía en secuencia, las jóvenes bulliciosas,

delgadas como cigarros, se ensanchaban hasta convertirse en mujeres mayores, de voces ásperas, en varios grados de abotagamiento. Los adolescentes vagaban por la orilla en grupos, los chicos con gorras de béisbol y largos trajes de baño, las chicas con sombreros blandos de verano, jeans cortados y bikinis; todos arrastraban un aire de sexo, drogas y amenaza.

Grupos de hombres y mujeres macizos, oscuros y de baja estatura, con ropas pasadas de moda, holgazaneaban bajo toldos de carpas portátiles, asaban carne en hornos Hibatchi y saltaban al agua con sus numerosos hijos. Los niños les respondían en español, pero entre ellos hablaban en inglés.

Los envidiaba a todos, blancos y latinos, con sus grandes familias escandalosas y sus pandillas de amigos que se sentaban a jugar a las cartas en el agua poco profunda bajo un gran toldo. Bebían, discutían, reían, intercambiaban historias o recetas o lo que sea que hace la gente cuando se reúne en grandes grupos. En contraste, su familia le parecía minúscula y triste, y su intento por crear felices recuerdos familiares, del todo patético. Tanto su familia como la de Heather sufrían de la dispersión geográfica que a menudo conlleva el éxito económico. Ellos, al igual que sus hermanos, dejaron sus hogares suburbanos para buscar estudios superiores, carreras y algo de emoción en grandes ciudades fuera del estado natal. Sin embargo, él todavía se preguntaba por qué no habían podido establecer un grupo estable de amigos para compartir vacaciones y feriados. Todos los 4 de Julio, los Días del Trabajo, los Días de los Caídos los sentía como una reinención. Algunas veces pensaba que debía ser feliz o intentar algo distinto, no atarse a ninguna tradición, pero en cada nuevo y dudoso experimento de vacaciones familiares notaba que le costaba poner buena cara.

Los buzos volvieron al río, y la superficie se llenó de burbujas mientras iban hacia la ribera opuesta. Uno de los ayudantes del *sheriff* les hacía señas a las canoas y a los kayaks para que hicieran un rodeo cuando llegaran donde estaban los buzos. Una kayakista de mediana edad que se regaba de su blusa de tirantes preguntó qué estaba sucediendo:

—Buzos, señora —respondió el ayudante del *sheriff*.

—Escogieron el peor día para bucear —bufó mientras se valía con torpeza de su remo para vadear las burbujas.

—Buscamos un cadáver —dijo el ayudante en voz neutra.

—Sí, cómo no —contestó la mujer chapoteando su remo desdeñosamente, y prosiguió aguas abajo.

—Uno pensaría que la oficina de parques pondría un anuncio sobre las corrientes peligrosas. —De repente, Heather se había materializado a su lado.

—Hay anuncios sobre nadar bajo el propio riesgo —señaló Scott—. ¿Qué más quieres?

Heather lo miró.

—Sí, pero no dicen nada sobre las corrientes.

Scott podía leer su mente —por una vez, ¿podemos no pelear? —pero de todos modos se echó al vacío.

—Tampoco dicen nada sobre los árboles sumergidos, que también son peligrosos. —No bien lo dijo, sintió vergüenza por lo predecible de su comportamiento.

Heather suspiró.

—No quiero discutir contigo.

—Tampoco yo.

Se quedaron en silencio por un momento.

—¿Y los niños? ¿Vienen? —preguntó Scott.

—No —respondió Heather—. Dice Maddy que es repugnante que nos quedemos aquí a la espera de que saquen un cadáver.

Scott asintió.

—¿Y Edward?

—Ya lo conoces... Es demasiado esfuerzo para él ponerse de pie y venir hasta acá.

Frustrado, Scott comenzó a rechinar los dientes, pese a que sabía que esto enloquecía a Heather. Su padre, una caldera enfurecida siempre a punto de estallar, que Heather hacía lo posible por evitar, había rechinado sus dientes hasta convertirlos en minúsculos granos de maíz. Estaré muerto antes de que algo así me suceda, pensó Scott sombríamente.

Ambos miraron las burbujas que marcaban el progreso de los buzos. Podían escuchar los murmullos que el *sheriff* lanzaba en sus auriculares.

—Sabías que Edward no quería venir, ¿cierto? —dijo Heather.

—¿Edward? ¿En serio? No me digas.

—No. Me dijo que sus amigos iban a juntarse y a hacer algo por el 4 de Julio. Quería ir.

—Bueno, pues debió habérmelo dicho.

—Le daba miedo que te enojaras.

—¿Amigos? —Scott rio con amargura, hasta que asomó un poco de remordimiento—. ¿Desde cuándo Edward tiene amigos?

Heather le dio la espalda al agua antes de hablar.

—Mira, la mayoría de la gente aquí no sabe qué sucede, no saben que alguien se ha ahogado. Ríen, juegan y se divierten. No saben lo que sucede.

Scott se dio la vuelta. Era cierto: más allá del pequeño grupo de personas que seguían de cerca el drama en la ribera del río, todos los demás estaban completamente inmersos en busca de la felicidad.

—Maddy dice que Edward tiene muchos amigos en la escuela —dijo Heather mientras pateaba las piedras que tenía a los pies—. Tiene hasta novia.

A Scott le llevó un momento absorber las noticias.

—¿Y por qué no nos dijo? ¿Por qué no conocemos a ninguno de sus amigos?

—Scott, pasa en la escuela la mayor parte del día. Allí los ve. Cuando el verano acabe, todos irán a nuevas escuelas: Lowell, Wash, Lincoln, incluso algunos de ellos irán a escuelas privadas. Al menos, eso es lo que dice Maddy.

Scott sintió como si algo muy pesado hubiera bajado por su garganta y se hubiera alojado en su estómago. Volvió a mirar al río. Los buzos salían a la superficie, las manos vacías.

—Vamos —dijo—. Regresemos.

No hubo que convencer a los chicos de volver. De inmediato sintieron el cambio en el humor de su padre. Ya no exhibía su sonrisa demasiado radiante, y se mostraba cortés, si bien seco. No hubo más intentos de iniciar una conversación o de jugar atrapadas. No hizo nada por encender la chispa que une a las personas. Por una gran variedad de razones, fue un alivio para todos.

En un movimiento totalmente infrecuente para la familia, no hubo que pedirle a nadie dos veces que ayudara a guardar las cosas, las sábanas, las toallas, la hielera, el protector solar, las botellas de agua, el *frisbee*, el balón de fútbol, todo lo que Scott había empacado en la mañana.

Cuando entraron al carro Maddy, con voz apagada, le pidió a Heather si podía poner el CD de Fleetwood Mac. "Claro, cariño", dijo su madre poniendo el CD en la ranura. Últimamente Maddy se había interesado por lo que ella denominaba "Música para gente blanca vieja". Por una vez Edward no reclamó el control que su hermana ejercía sobre el radio del carro. Miraba indiferente la pantalla de su celular.

Veinte minutos transcurrieron desde que abandonaran el estacionamiento y Heather, Maddy y Edward ya estaban dormidos. El carro se deslizaba por un atardecer moteado sobre el sinuoso camino de dos carriles que atravesaba un gran bosque de secuoyas. Cinco minutos más y el bosque quedó atrás. La carretera serpenteaba por montañas plantadas de largas hileras de uvas, y por otras quemadas por el sol de mediados de verano, que a su vez contenían casas antiguas de madera que parecían abandonadas. La seductora voz de Stevie Nicks competía con el ajetreo del cálido viento que se colaba por la ventana. Scott sonrió. No escuchaba *Rumours* desde niño; le sorprendía lo bien que había envejecido. No estaba para nada sorprendido de recordar las letras de todas las canciones.

Luego de una curva que desembocó en una recta, Scott vio un deportivo azul noche estacionado sobre el arcén. El capó estaba levantado. Su pie derecho fue instintivamente al freno. Un segundo después vio a un hombre y a una mujer jóvenes —bronceados, delgados, ambos con camisetas negras y jeans— de pie junto al vehículo. El hombre abrazaba a la mujer por la cintura, los brazos de la mujer se entrelazaban en el cuello del hombre.

El pie derecho de Scott fue de nuevo al acelerador. Al rebasarlos, pudo ver que se estaban besando. Ignoraban su carro, los otros carros, los campos y los árboles, las

casas y los pájaros, el sol y el viento. Miró a Heather a su lado: seguía dormida con la boca abierta.

O quizá la pareja no estuviera tan distraída, pensó. Quizá estuvieran disfrutando todo lo que esta hermosa tarde del 4 de Julio tenía para ofrecer. Scott miró el retrovisor pero una leve curva en el camino hizo que la pareja desapareciera, con todo y carro. 



Joel Streicker

Escritor y traductor. Autor de *El amor en los tiempos de Belisario* (Común Presencia, 2014) y de numerosos cuentos y poemas. Vive en San Francisco, California.

Juan Fernando Hincapié

Escritor y traductor. Su último libro *Mother Tongue: A Bogotan Story* fue publicado por Rey Naranjo Editores en 2018.

